

## Pensamiento y meditación

### *Bagatelas & Literatura y Sociedad*

HERNANDO TÉLLEZ

Universidad de los Andes, Bogotá, 2014, 126 págs.

DE HERNANDO Téllez (1906-1966) puede decirse que es un escritor secreto. Solo ciertos iniciados en la literatura y especialistas conocen hoy en día su nombre. Fue un gran prosista, un periodista de renombre, cuentista, ensayista, perteneció al consejo de redacción de *El Tiempo* y a la revista *Mito*, colaboró con el diario *El Universal* de Caracas, fue subdirector de la revista *Semana* en su etapa inicial, etc.

Hace unos 30 años, el entonces Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, hizo una edición de su obra completa. No creo que haya tenido después muchas otras. En buena hora, la Universidad de los Andes reedita sus *Bagatelas y Literatura y sociedad*.

Con las *Bagatelas*, hace de alguna manera un homenaje a don Antonio Nariño, pues este fundó en tiempos de la Independencia un periodiquito de tono burlesco al que llamó *La Bagatela*. No coincido exactamente con quien escribe la contratapa del libro cuando dice que esos textos son ensayos. Yo creería que están más cerca de la crónica que del ensayo. De la crónica, en el sentido que le dio Luis Tejada a ese género, al no componerse de escritos meramente descriptivos, sino que también tienen una buena carga de reflexión.

No son ensayos a la manera de Montaigne, sino textos que podrían tener su antecedente en Colombia en un par de prosas casi desconocidas de José Asunción Silva. Me refiero a “En carboncillo” y “Los suspiros”, donde el autor reflexiona sobre cosas en apariencia triviales, pero a las que otorga profundas reflexiones.

Miremos lo que nos dice en el prólogo Julio Paredes, al caracterizar los escritos de Hernando Téllez:

la combinación, por ejemplo, de la experiencia autobiográfica íntima, de rasgos nostálgicos, con una descripción detallada y cuidadosa, en apariencia simplemente espontánea,

del mundo cotidiano e inmediato que rodea a quien narra; también la experiencia de la escritura, su composición mental, como un ejercicio confesional no solo al servicio de las fronteras y del territorio de la intimidad, sino también de las cosas, las ideas, las imágenes, las sombras y las sensaciones que forman parte del universo público.

Los textos de *Bagatelas* son siete: “Sobre la infancia”, “Sobre la juventud”, “Sobre la vejez”, “Sobre el amor”, “Sobre el olvido”, “Sobre la soledad” y “Sobre la muerte”. En un tono íntimo, entre confidente y afectuoso, Téllez desliza sus apreciaciones acerca de la vida; habla de unas muchachas que pasan por la calle y nos comenta:

Yo las veía desde mi ventana. Las veía avanzar, desplazarse sobre el asfalto de la vía pública con cierta gracia instintiva de deportistas. Hasta mi llegaba el rumor vago, incoherente de sus palabras y sus risas. No podía entender lo que decían, pero del alboroto y la alegría, deducía un tema delicioso como objeto de su conversación. Cuando desaparecieron, me quedó una sensación deliciosa de juventud, de salud física, de vigor natural, de tranquila y primitiva fuerza biológica. La juventud acaba de pasar por la calle, bajo la preciosa y frágil envoltura carnal de la belleza femenina en perfecta sazón.

Y más adelante:

De la juventud se ha dicho que es caudalosa generosidad. Nada más inexacto. La juventud no es generosa sino radicalmente hostil e intransigente. Desde luego ese espectáculo de la intransigencia y de la inconformidad tiene su hermosura y atractivo intrínsecos. Pero implica una fiera batalla, a veces inútilmente salvaje, que sólo cesa con la vejez.

Así nos habla en la “Bagatela sobre la juventud”. Y ese es el tono en cada una de esas delicadas y personalísimas reflexiones sobre las diferentes etapas y sensaciones de la existencia:

la ciencia de la vejez, el arte de saber ser viejo, como diría André Maurois, podría resumirse, a mi juicio, en una sola palabra: aceptación. Por desgracia, la vejez, por definición,

es intransigencia, hostilidad, hondo y soterrado rencor hacia todo lo nuevo, hacia todo lo que implica una rectificación del tiempo antiguo, del hábito de otra época, del lenguaje de otros días, del ideal de belleza cuya vigencia se extingue para dar nacimiento a otro símbolo en el orden de las perfecciones humanas. La vejez batalla amargamente con la política, con la moda, con el arte, en una palabra, con la vida, con la vida que rectifica y cambia, que altera y traspasa, que trastrueca y liquida, que no se detiene, que no se detiene ni aminora su ritmo. El patetismo de la vejez no se halla específicamente determinado en el hecho de la decadencia física, sino en la situación espiritual que ella acarrea de manera tiránica.

Y sobre el amor:

Al amor le está permitido todo en la juventud. Y, desde luego, él permite crear la maravillosa ficción de la eternidad que cada adolescente construye sobre la materia efímera de sus amores (...). Pero hay, se dirá, amores que perduran en el tiempo, a través de las sucesivas transformaciones del sentimiento; amores que defienden su esencia a través del filtro de todas las circunstancias que incitan a su evaporación. Así es. Pero se olvida, al juzgarlos, de qué manera a la par evidente y secreta, han ido abandonando sobre la arena de la vida, como restos de todos los naufragios interiores, las formas antiguas en que se expresaban.

Disfrutemos, por último, unas líneas de su “Bagatela sobre la muerte”:

Llegamos al océano del dolor sobre la nave de la alegría viajeros del tiempo en que nuestro cuerpo era elástico, sano y fuerte; en que parecíamos todavía jóvenes y ardientes, y el ímpetu zoológico de nuestros pasos pregonaba en la selva de las ciudades el dominio sobre las formas inferiores de la vida y de la naturaleza. Hasta ayer, hasta hace unas horas, hasta hace unos minutos, nos sentíamos dueños del mundo y poseídos de una infinita y apolínea capacidad de amar, de pensar, de trabajar.

Esto en cuanto a las *Bagatelas*. Ya lo de *Literatura y sociedad* tiene otro tono. No creo prudente decir que son

textos más académicos, o más serios –¿acaso el tono íntimo no lo es?–; son, sencillamente, escritos en otro registro, este, sí, más del ensayo, en relación con lo que llamamos así, ensayo. A este segmento del libro lo constituyen nueve partes: “Notas sobre la conciencia burguesa”, “El reino de lo absoluto”, “Trópico”, “El gran miedo”, “Regalos”, “Literatura y sociedad”, “Nadar contra la corriente”, “Naturaleza viva” y “Escolio”.

Veamos algunas de las ideas que nos expone el ensayista. Según la fundada y lúcida idea del arte que nos revela Téllez, el artista es alguien que nada contra la corriente, alguien que no está satisfecho, que

sabe sobre-aguar y, de ser posible, tocar orilla y pisar tierra firme pero inventándose una ruta diferente de arriba, un camino a contrapelo del curso líquido de las ideas, de las formas, de los sentimientos, de los conceptos, de los estilos. El verdadero artista, por consiguiente, sería, o es, ese empecinado nadador, ese náufrago potencial que resuelve dar pábulo a su desesperación y contrariar a sus semejantes, ofreciendo una realidad insólita, chocante, que no corrobora sino que somete a duda la realidad artística anterior y establecida, la que estaba ahí, sólida y respetable como una matrona de provincia, recibiendo el sordo y ciego homenaje de la costumbre, el gran plebiscito anónimo de la conformidad.

Luego remata con un fuerte golpe en la boca del estómago contra el gusto colectivo, en especial, contra los políticos:

El gusto colectivo se alimenta de corroboraciones. De ahí que el arte del político, del demagogo sea, en primera y última instancia, una constante tentativa para satisfacer las exigencias, aun las más viles, sobre todo las más viles, del alma de las multitudes. *Llevar la contraria, nadar contra la corriente*, en política son fórmulas suicidas y absurdas, a diferencia de lo que ellas significan en el arte.

Con ocasión de los 50 años de la publicación de *Cien años de soledad*, el periodista Antonio Caballero señaló en un artículo en la revista *Semana* de qué manera los libros de literatura son, sobre todo, libros de historia. Y decía

cómo la Matanza de las Bananeras, de no haber sido por García Márquez, no hubiera pasado de ser una escaramuza de unos peones envalentonados contra unos gringos que les daban trabajo. Advertía que solo gracias a su prodigio narrativo y a su valentía de artista, ese incidente se convirtió en algo indeleble para todos nosotros, pues la historia oficial –la de Henao y Arrubla– ni lo mencionaba siquiera. Y cómo García Márquez, a pesar de tanto manoseo de propios y extraños, a pesar del innoble *marketing* de mariposas amarillas de plástico y de las fanfarrias inútiles del establecimiento, es un escritor subversivo, un artista que “nada contra la corriente”.

Veamos, en la prosa siempre límpida y aguda de Hernando Téllez, antes de terminar esta reseña, otras líneas que encarnan su visión del trópico y de quienes lo poblamos; aquellas en las que observa cómo en las tierras no sujetas al rigor de las estaciones se hace más ardua la labor humana por cuanto todo parece ir destruyéndose a medida que se construye. Nos dice Téllez:

En este paisaje tórrido, bajo la implacable canícula, parece desmesuradamente inútil la tarea del hombre. De la selva, que se presiente en la atmósfera como una segura amenaza, llegan traídos por el viento, agrios efluvios. Huele a podredumbre vegetal, a frutos corrompidos, a humedad misteriosa. Y algo así como una pesadumbre infinita se apodera del ánimo. Mejor tenderse sobre esta tierra de tan implacables designios y esperar allí, sin protesta, la definitiva derrota. Pero no. No es inútil ni perecedera la tarea del hombre. Mi voto vindicativo implica la dignidad de toda esperanza humana. Y, además, en medio de esta terrible orgía de poderes tropicales de la naturaleza, hostiles a la faena humana, recuerdo que la civilización no es un milagro. Ni la historia una fatalidad. Son, una tarea de los hombres. Sencillamente.

Las *Notas sobre la conciencia burguesa* son una serie de observaciones y reflexiones breves sobre el comportamiento de una clase social ante eventos más o menos cotidianos, cuya escritura se acerca a la de los aforismos y los escolios.

Este es un libro de gran interés para quien guste de sumergirse en las aguas del pensamiento y la meditación.

En cuanto a la simpática edición que nos ofrece la colección Séneca –llamada así en homenaje a una cabra que vivió deambulando en los predios de la Universidad de los Andes y que devoraba toda clase de escritos literarios–, podemos decir que es un objeto hermoso, discreto, cuidadoso en su factura. Tiene una ilustración facsimilar de la Edición Príncipe, publicada por Tierra Firme en 1944, del pintor colombiano Ignacio Gómez Jaramillo, y otra, también facsimilar, de 1956, de Ediciones Mito, del pintor y grabador español radicado en Colombia durante más de cuarenta años, Juan Antonio Roda.

Feliz lectura de estas crónicas y ensayos de Hernando Téllez. El lector sabrá disfrutarlos.

**Fernando Herrera Gómez**